

El amor humano

Cándido Ániz - Bernardo de Claraval

Presentación

Reflexiones sobre los grados del amor humano

"El amor es un afecto natural", dice san Bernardo; es uno de los "cuatro afectos naturales: amor, temor, alegría, tristeza".

Cada uno de esos cuatro afectos es como una fuerza impulsora o represora cuya acción repercute en toda nuestra persona: cuerpo, alma y espíritu. El *amor* y la *alegría*, como principios positivos, activos y estimulantes nos dan alas para volar. En cambio, el *temor* y la *tristeza* nos abaten las alas y hasta pueden derribarnos.

En estas reflexiones vamos a fijar la atención en uno de esos cuatro afectos: *el amor*; y, dentro del amor, en la peculiar afección del ser humano-creyente que, desde su raíz y trama psicológica, es atraído por el peso del "bien" en vertiente *carnal, concupiscente* y *egoísta*, y en vertiente *social, altruista, gratuita, espiritual...*, cuando se plantea ser persona noble y digna entre los hombres y ante Dios.

¡Qué ilusorio sería pensar que todo amor del hombre, por ser natural afecto, es *impulso o inclinación que nos lleva espontáneamente a apetecer y abrazar el bien puro, la belleza elevada, la acción virtuosa!* Eso solamente acontece en un grado muy alto de amor virtuoso, cuando se han dominado las pasiones egoístas.

Valoremos adecuadamente la riqueza y complejidad de la naturaleza humana: cuerpo a nutrir, sensibilidad a cultivar, concupiscencia y afectividad a moderar, pensamiento a colmar de sentido, libertad que se abre o cierra al bien descubierto... ¿Cuándo lograremos su equilibrio? Cuando el cuerpo viva y goce, pero sin matar al espíritu; cuando las pasiones inferiores se conserven vigorosas, pero sin entenebrececer a la mente; cuando la voluntad y la inteligencia descubran campos de amor y de libertad, pero sin degradar o destruir cuerpo y pasiones... ¡Ideal inasequible en su perfección!

En ese contexto tan rico y variado es donde nos preguntamos: ¿cuál es el primer amor de cada hombre? Y tenemos que responder: el primer amor no es Dios ni es el Hombre, es irremediabilmente el propio yo corpóreo y egoísta. Y cuando se quiere remontar el vuelo hacia ideales de amor más espiritual y puro hay que ir ascendiendo por grados de amor que se alcanzan mediante purificaciones sucesivas que llevan al amor pleno y puro.

Este vuelo o ascensión es el que vamos a considerar psicológica y teológicamente con san Bernardo en cinco reflexiones sobre los grados del amor.

1. Del amor egoísta: "amarse a sí mismo por sí mismo"

El punto más bajo de la tensión de amor, dice san Bernardo, el más rastrero y corporal, es el del amor interesado y egoísta, de cada uno **a sí mismo por sí mismo**. Se trata de un amor que se manifiesta en la germinación y floración de varias concupiscencias: de la carne, del dinero, del poder, de la gloria...

Concupiscencias de tan fuerte arraigo que, cuando nos dominan y encadenan, estamos psicológica y espiritualmente perdidos; nuestra mente y corazón se convierten de señoras en servidoras y esclavas.

Librarse de cada una de ellas es romper o abrir el cepo que nos sujeta y comenzar a trabajar en servicio de otro amor más noble.

La constatación del primer grado del amor, egoísta, y el vislumbre de otro amor más social, se insinúan en esta reflexión y en la siguiente como necesidad humana.

1.1. "Nuestra naturaleza humana"

Dice san Bernardo, *es rica, pero harto frágil y enfermiza. Y lo es tanto que su propia debilidad la impulsa a amarse, en primer lugar, a sí misma, constreñida por la necesidad {de su condición corporal, débil, pasional}. Somos polvo, carne, tierra...*

¿Qué es el amor carnal?

Es el resultado o efecto de esa inclinación natural, primaria, desde la indigencia.

Por él el hombre se ama a sí mismo antes que a otra cosa alguna, dando con ello cumplimiento a lo que se dijo: El cuerpo animal ha sido formado el primero, y luego el espiritual.

Y ese amor carnal surge no en virtud de precepto alguno, sino por imposición de la naturaleza. Porque, en efecto, ¿quién tuvo jamás odio a su propia carne?"

1.2. "Pero sucede que este amor carnal, primario y necesario,

comienza pronto a deslizarse y derramarse fácilmente por sendas peligrosas.

Cosa que acontece con frecuencia, porque el amor carnal no se contenta con seguir el cauce de lo necesario y correcto sino que se desborda por campos de placer y voluptuosidad. ¿Qué hacer entonces? Hay que frenarlo"

1.3. "Ese amor carnal, si se desmanda,

tiene que ser frenado y contenido inmediatamente por el dique de aquel precepto que dice: amarás al prójimo como a ti mismo..." (Mt 25,39).

Sabia sentencia. ¿Hay cosa más justa, en efecto, entre los hombres, que ordenar que quienes participan de una misma naturaleza participen también de los sentimientos que de ella nacen? Nada hay más justo.

En consecuencia, cuando uno comprueba que {por su amor carnal} le resulta fastidioso atender a las necesidades de los hermanos, e incluso complacer a las propias con moderación, tiene que frenarse al punto y con mano dura. De lo contrario, será un trasgresor de la ley de humanidad.

Hace falta, por tanto, poner límites y cautelas, para que cada uno se conceda a sí mismo, dentro de lo lícito, todo cuanto quiera, pero sin olvidar que luego tiene que comportarse con los demás como lo haya hecho consigo mismo.

Este es el freno de templanza que se te impone, ¡oh hombre! , para que no corras desenfrenadamente tras las concupiscencias, y te desboques y te pierdas.

Que los bienes de Dios no sirvan para cebar a los enemigos de tu alma.

Piensa cuánto mejor te sería emplear esos bienes en ayudar a tus compañeros de destierro, a tus prójimos, que malgastarlos en cebar y robustecer a tus enemigos mortales...

Esa es la vía por la que el amor carnal se convertirá en amor social, pues se extenderá al bien común..."

*San Bernado de Claraval:
El amor de Dios.*

2. Del amor egoísta al amor social, en Dios

Esta segunda reflexión es continuación de la primera, y se mantiene en el primer grado del amor humano, que es amor carnal, pero abriéndose hacia un amor social.>

Si al amor egoísta se le permite campar por sus respetos, que son caprichos pasionales y tendencias de manipulación de los demás, invade rápidamente campos de peligrosidad: un amor egoísta que ataca y oprime a los demás es reprimido por otro amor del mismo signo, y se genera la violencia. Entonces la conciencia se apercibe de que ese tipo de amor ciego tiene que ser frenado o revitalizado por otro cierto *amor social* que, frente al malhadado *Yo egoísta*, ponga otros *Yo* de tanta dignidad como él, y acreedores a todo respeto.

2.1. "Atiende a lo que te digo, escribe san Bernardo:

si atiendes al consejo del sabio y te apartas de las pasiones... ; si te decides a alejar tu amor de los deseos de la carne que combaten contra el alma, eso que niegas a tu enemigo lo compartirás sin dificultad con quien es igual a ti en naturaleza.

Tu amor será puro y justo, si lo que niegas a tus propios gustos lo vuelcas sobre las necesidades de los hermanos...

Esa es la vía por la que el primer amor carnal se convierte en amor social, pues, aunque sea por interés, se extiende al bien común..."

Para que las cosas humanas vayan bien, la lucecita o chispa que en la conciencia humana acaba de apuntar como necesidad y urgencia de "amor social naciente" tiene que mejorar y elevar siquiera medio grado al "pernicioso y rastrero amor carnal". Pero ¿cómo hacerlo?

El "amor social naciente" adquiere vigor cuando el hombre respeta al otro y reparte y comparte con él su bien, amor, vida. Quien comparte está triunfando sobre sí mismo, y su amor carnal se va remontando del egoísmo del Yo al interés del Nosotros.

2.2. Ese es el camino del amor al hombre por ser hombre, dirá san Bernardo.

"Repartir con el prójimo es crecer en el grado del amor. Y si aconteciere que, mientras tú repartes al prójimo lo tuyo, te quedas tú mismo falto de lo necesario, no hagas otra cosa sino acudir y rogar confiado a Aquel que distribuye liberalmente sus beneficios entre todos... {es decir, entra en relación con el Otro, Dios, al que conoces por la fe como bondad} Es imposible que Dios rehúse nada a los necesitados, pues concede abundantes dones incluso a los que ya poseen bienes superfluos...."

2.3. Paso del egoísmo y altruismo a Dios, como razones del amor.

"Tenemos, pues, un amor naciente al prójimo, y hemos buscado que ese amor al prójimo no sea merodique de contención de nuestras pasiones egoístas.

¿Bastará que su razón de ser sea un mero altruismo? El altruismo es bueno, pero no basta.

Si buscamos un amor más perfecto, es menester llegar a que Dios sea la razón de ese amor a los otros. En efecto, ¿podríamos amar limpiamente al prójimo no amándolo en Dios? Y ¿podríamos amar a los otros en Dios, si no amamos también a Dios?

Amemos, pues, a Dios y luego podremos amar al prójimo en Él.

Amemos a Dios, que es el autor de todos los demás bienes, y él lo será también de nuestro amor al prójimo.

Fijémonos bien: Dios que creó la naturaleza, él mismo la conserva, pues la creó de tal modo que siempre tuviera por necesario conservador al que había sido su primer Criador. De este modo, lo que no pudo ser y existir sin Él, tampoco podrá durar ni sostenerse sin Él.

Pues bien, para que la criatura no ignore a su Creador, y para que no se atribuya con soberbia los beneficios recibidos, como si él mismo fuera su creador, Dios, por un saludable misterio, quiere al hombre con tribulaciones y debilidades, para que, al no valerse por sí mismo, se acoja a Él, y así Él le auxilie y libere.

Por esta vía observamos cómo el primer hombre carnal, que sólo se amaba a sí mismo, se abre al amor al prójimo, y comienza a amar también a Dios, aunque por su propio interés humano, porque ve que en Dios puede todo lo que es bueno, y sin Él no puede nada"

San Bernardo de Claraval:
El amor de Dios

3. Del amar a Dios porque es bueno con nosotros

En el primer grado del amor, descrito en reflexiones precedentes, se inició una ligera subida, desde el amor puramente egoísta, al amor compartido mínimamente con los demás, y luego se buscó en Dios un motivo superior para mantener el germen de ese amor que comenzó a ser social, compartido.

De ese primer nivel o grado de amor se asciende al *amor en Dios* y al *amor a Dios por propio interés*. En otro momento, remontando este segundo grado, será posible elevarse a más altos grados: al *del amor a Dios por sí mismo*, y el *del amor a sí mismo por Dios*.

3.1. Al final del primer grado,

"el hombre ya amaba en Dios, dice san Bernardo, *aunque lo hacía por egoísmo, y no por amor a Él.*

Mas eso ya supone cierta prudencia para el hombre: la prudencia derivada de saber lo poco que puede conseguir el amor humano por sus propias fuerzas y lo mucho que alcanza con el favor de Dios, y con el cuidado atento a no ofender a un Dios que le guarda para sí y le otorga todo lo que es.

En ese camino inicial, cuando en la vida se le multiplican al hombre las tribulaciones que le afligen; cuando, en los ahogos que sufre su persona, se ve precisado a recurrir a Dios con frecuencia; y cuando cobra experiencia frecuente de que son muchas las muestras de la bondad del Señor, y de que le salva de sus aprietos y le libra una y otra vez; entonces el hombre cambia de actitud y llega a actuar con entrañas de ternura y gratitud, aunque su corazón haya sido duro y como de bronce. Ha experimentado que necesita de Dios".

3.2. "Por esa vía colmada de pruebas,

el hombre viene a amar a Dios, por la bondad que advierte en su pecho paternal.

Digámoslo sintéticamente:

Con ocasión de las frecuentes tribulaciones, el hombre se ve precisado a recurrir a Dios con frecuencia; y recurriendo a Él, comienza a gustarle; y gustándole, a saborear cuán suave es el Señor.

De este modo acontece que, para amar a Dios, ya no nos motiva tanto nuestra propia necesidad como la probada dulcedumbre que se encuentra en Él.

Este es el momento en que se puede decir con razón, como los samaritanos decían a la mujer {junto al pozo}: ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino porque nosotros mismos le hemos oído y sabemos que Él es el Salvador del mundo.

Sí, podemos decir a la carne: "ya no es por tus necesidades satisfechas por lo que amo a Dios, sino porque le he gustado y sé cuán suave es el Señor Dios nuestro"...

Cuando así vivimos, podemos decir que hemos entrado en el segundo grado del amor humano: en el grado de Amar a Dios porque es bueno para con nosotros.

*San Bernardo de Claraval
El amor de Dios.*

4. Del amor a Dios por Él mismo

En el segundo grado del amor el hombre ha gustado cuán bueno es el Señor, por sus obras en nosotros.

Ahora el corazón del mismo hombre tiene que disponerse a pasar de esa experiencia de amor, todavía no totalmente puesta, a otro grado más puro y limpio: *el grado de amar a Aquél que nos ama **por sí mismo, por ser quien es.***

4.1. Amar a Dios por ser quien es.

"Cuando uno llega a este grado de amor, dice san Bernardo, las necesidades que el cuerpo siente son como un lenguaje con el que el hombre clama, y todos los beneficios que en sí experimenta los pregonera y elogia con alborozo.

La felicidad de amar no soporta el silencio y se hace alabanza.

*En este grado de amor las cosas suceden de tal suerte que quienes han llegado a él ya no sienten dificultad alguna en cumplir el precepto de amar al prójimo como a sí mismos, pues **aman de veras a Dios**".*

4.2. "Quienes a esto han llegado

aman castamente y no sienten pesadumbre en obedecer al mandamiento que hace casto nuestro corazón, como está escrito, por la obediencia de la caridad.

Aman según justicia, y con gusto se sujetan a los preceptos justos.

De ese modo, su amor resulta al mismo tiempo:

- **delicioso**, precisamente porque es gratuito y no se mueve por interés,
- **casto**, porque no le basta expresarse de palabra y con la lengua sino que se prueba por verdaderas obras de amor,
- **justo**, porque da tanto como recibe".

4.3. "Los que aman con este amor

aman tanto cuanto se sienten amados, y por ello buscan los intereses de Jesucristo y no los propios, al modo como Jesucristo buscó los nuestros, o, por mejor decir, nos buscó a nosotros mismos.

Ese grado de amor tienen quienes dicen: **alabemos al Señor porque es bueno**.

Esos no le ensalzan por ser bueno para ellos, sino **por ser bueno en sí**.

Esos son los que aman verdaderamente **a Dios por Dios** y no por sí mismos.

En suma, el tercer grado del amor es amar a Dios por Él mismo".

*San Bernardo de Claraval:
El amor de Dios.*

5. Del amor al hombre por amor a Dios

5.1. Cuarto grado del amor: no amarse a sí mismo sino por Dios.

"Siéntase dichoso quien ha merecido llegar hasta el cuarto grado del amor, en que el hombre sólo se ama a sí mismo por Dios...

Este amor es como un monte elevado, el monte excelso de Dios...

¿Cuándo puede conseguir esto la carne y la sangre, el vaso de barro y la morada terrena? ¿Cuándo experimentará el alma un amor divino tan grande y embriagador que, olvidada de sí y estimándose como cacharro inútil, se lance sin reservas a Dios y, uniéndose al Señor, sea un espíritu con él y diga: desfallece mi carne y mi corazón...?

Tengo por dichoso y santo a quien ha tenido semejante experiencia en esta vida mortal, aunque la haya tenido muy pocas veces, o una sola vez, y ésta de manera momentánea y tan breve como un relámpago. Perderte en cierto modo a ti mismo, como si ya no existieras; no sentirte en absoluto, aniquilarte y anonadarte, esto es más propio de la vida celeste que de la sensibilidad humana..."

La Escritura dice que Dios lo hizo todo para sí mismo. Y llegará un momento en que la criatura se conforme plenamente con ese su Hacedor. Para ello es menester que participemos de sus mismos sentimientos para que, si Dios todo lo quiso para sí,

procuremos también de nuestra parte querer que, tanto nosotros como todo lo demás, todo exista para él, es decir, para su voluntad y no para nuestro placer. Que nuestro gozo no consista en acallar nuestra necesidad, ni en conseguir la felicidad, sino en ver que su voluntad se cumple en nosotros y por nosotros, como cada día lo pedimos en la oración: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo (Mt 6,10).

¡Oh amor casto y santo! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh pura y limpia intención de la voluntad! Tanto más limpia y pura cuanto menos mezclada está con las impurezas de lo suyo propio, y tanto más suave y dulce cuanto más divino es lo que siente.

Sentir así es estar divinizado. Como la gotita de agua vertida en mucho vino pierde su naturaleza y toma el color y el sabor del vino; como el hierro candente y al rojo parece trocarse en fuego vivo, privado de su propia y primera naturaleza..., así les sucede a los santos, pues todos sus afectos se funden de modo inefable, y se confunden en la voluntad de Dios..."

5.2. ¿Cuándo será esto?...

"Yo creo que no es posible que se cumpla todo eso de amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas (Mc 12,30) mientras el corazón no se vea libre de los cuidados del cuerpo, mientras el alma no cese de conservarlo y vivificarlo en el estado actual, y sus fuerzas, desligadas de todas las dificultades, no se vigoricen con el poder de Dios.

Es imposible que el alma se recoja toda en Dios y contemple continuamente su rostro mientras viva ocupada y distraída, sirviendo a este cuerpo frágil y cargado de miserias.

Este cuarto grado de amor no espere el alma conseguirlo, o, mejor dicho, verse asumida en él, sino en el cuerpo espiritual e inmortal, en el cuerpo íntegro, plácido y sosegado y sumiso por entero al Espíritu. Es una gracia que procede del poder divino".

Pero hacia él tendemos en santidad de vida, oración, entrega, servicio, caridad.

San Bernardo de Claraval
El amor de Dios.